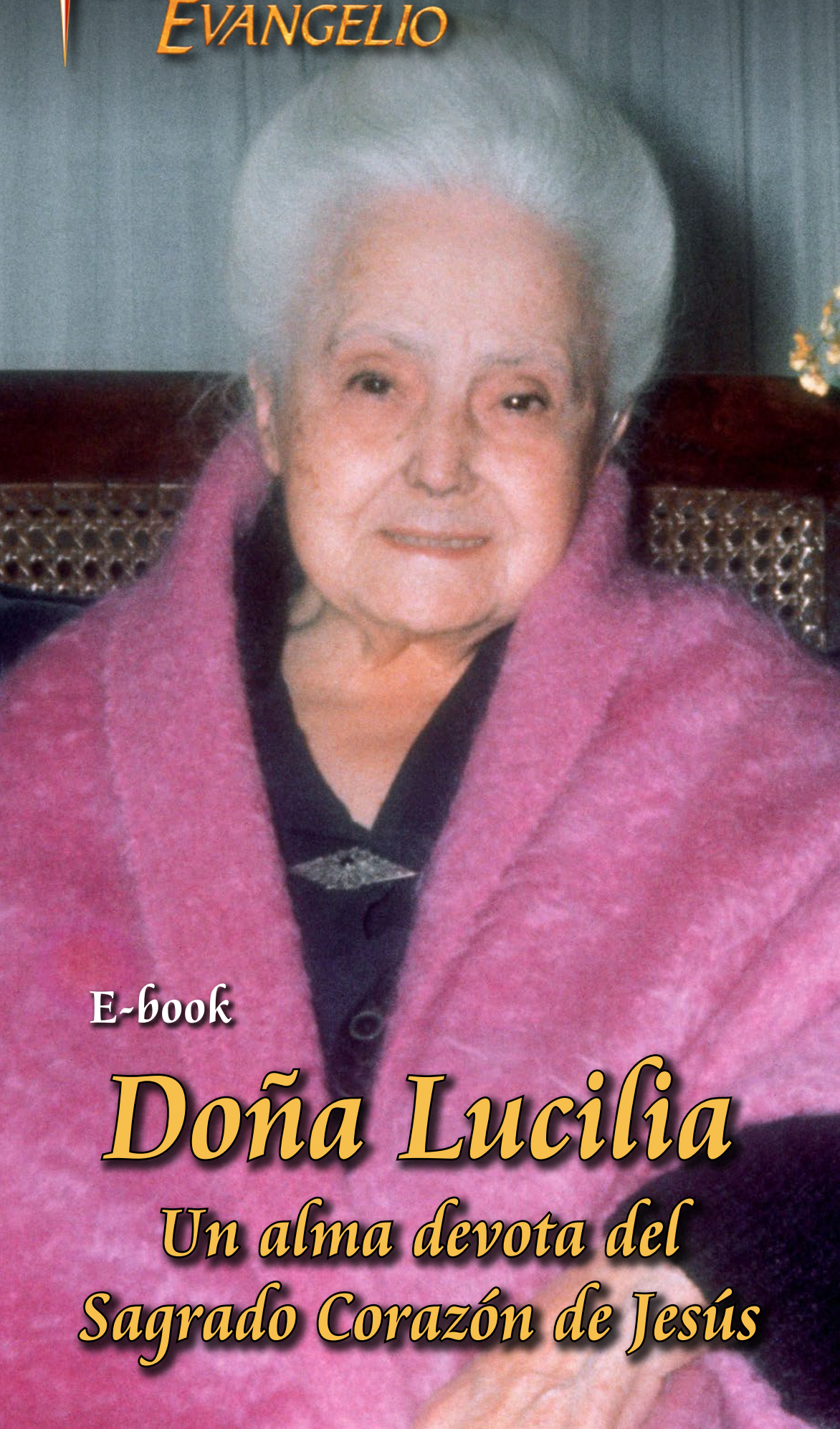




HERALDOS DEL EVANGELIO



E-book

Doña Lucilia

*Un alma devota del
Sagrado Corazón de Jesús*

ÍNDICE

PREFACIO	3
<i>Una intercesora incansable y bondadosa</i>	6
<i>¿Qué es un santo?</i>	8
<i>¿Primero la canonización o primero el milagro?</i>	9
DOÑA LUCILIA, UNA MADRE SOLÍCITA	11
1. <i>Diagnosticada una mielitis viral</i>	13
2. <i>Una perspectiva aterradora</i>	16
3. <i>Una serie de infortunios</i>	19
4. <i>Una peculiar intervención...</i>	
<i>¡«a escobazos»!</i>	24
5. <i>«¡Doña Lucilia llenó nuestra billetera!»</i>	28
6. <i>El día que esté sanada...</i>	31
7. <i>Accidente grave, extraordinaria curación</i>	35
8. <i>Una vez más, no desamparó</i>	37
9. <i>«Estoy contigo y tu petición ha sido escuchada»</i>	39
10. <i>Solución rápida y completa</i>	41
11. <i>Bondad e intransigencia</i>	42
12. <i>Pidió auxilio y fue atendido sin demora</i>	45
13. <i>«¡Doña Lucilia, ten piedad de él!»</i>	48
14. <i>Un sueño que da ánimo para rezar y confesarse</i>	50
15. <i>Una hernia incurable</i>	52

PREFACIO

Abril es el mes en el que se celebra anualmente el nacimiento y la muerte de una dama cuyo recuerdo es entrañable para los Heraldos del Evangelio. Se trata de Dña. Lucilia Corrêa de Oliveira, la madre del Dr. Plinio Corrêa de Oliveira, que fue el maestro espiritual de Mons. João S. Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio.

Muy devota del Sagrado Corazón de Jesús, Dña. Lucilia se



destacó por su fe y su compromiso con los más altos principios morales. Dama caritativa y abnegada, dejó profundamente marcados a quienes convivieron con ella con el ejemplo de su dedicación, caridad, simpatía y firmeza de carácter. Y, para honrarla, hemos preparado este libro digital con diversos relatos de favores y gracias obtenidos por su intercesión.

Doña Lucilia nació el 22 de abril de 1876 en la ciudad de Pirassununga, en el interior de São Paulo. Era la segunda de los cinco hijos del Dr. Antonio Ribeiro dos Santos y de Gabriela Rodrigues dos Santos, descendientes de la antigua aristocracia paulista. Fue bautizada el 29 de junio de 1876 y tuvo como madrina a Nuestra

Señora de la Peña, según consta en su partida de bautismo. En 1893, la familia se trasladó a São Paulo, la capital, instalándose en un palacete del barrio de los Campos Elíseos.

El 15 de julio de 1906, la joven Lucilia se casó con el abogado João Paulo Corrêa





de Oliveira, procedente de una familia tradicional de la provincia de Pernambuco, propietaria agrícola azucarera. Del matrimonio nacieron dos hijos, Rosenda, el 6 de julio de 1907, y Plinio, el 13 de diciembre de 1908.

Doña Lucilia falleció apaciblemente en su apartamento en la mañana del 21 de abril de 1968, la víspera del día en el que completaría noventa y dos años.

Una intercesora incansable y bondadosa

Doña Lucilia nunca negó ayuda a nadie, demostrando así que la santidad es una elección que hacemos cada día, en el lugar exacto donde Dios nos coloca. Tras su muerte, las personas cercanas al Dr. Plinio cultivaron el hábito de rezar por su madre, como es normal que hagamos después de la muerte de familiares y amigos.

Sin embargo, personas de distintos lugares—incluso de distintos países— empezaron a darse cuenta de que cuando pedían la intercesión de Dña. Lucilia en un caso de enfermedad o de cualquier otro problema, las curaciones y las soluciones no tardaban en llegar. Estos casos comenzaron a ser comentados y comunicados a los Heraldos, debido al conocido aprecio que siempre tuvimos por el Dr. Plinio y su abnegada madre. Estos relatos nos alegraban y los tomábamos como una manifestación de la bondad divina.

Con el tiempo, sin embargo, las noticias sobre estos acontecimientos han aumentado en cantidad y variedad. Una cosa es que un joven estudiante diga que, cuando se preparaba para un examen difícil, rezó a Dña. Lucilia y le salió bien el examen. Por supuesto, esto puede atribuirse a una ayuda sobrenatural, pero fundamentalmente es el resultado de la

aplicación del joven a sus estudios, gracias a lo cual también logra sacar buenas notas.

Lo que es diferente, sin embargo, es una madre que nos envía fotos de un niño con cáncer, en riesgo de muerte, informes de exámenes clínicos e informes médicos que atestiguan la gravedad del caso, e informa de que rezó pidiendo la intercesión de Dña. Lucilia y que el niño se curó inexplicablemente, lo que también atestiguan las fotos, los exámenes y los informes médicos posteriores a la curación.



Allí había algo inusual. Comenzamos entonces a seguir de cerca los relatos que nos llegaban y a mantener contacto con las personas beneficiadas o con sus familiares, en los casos más delicados. Esta práctica se ha mantenido durante varios años, hasta que decidimos dar a conocer estos «milagros», algo que venimos haciendo en las páginas de la revista *Heraldos del Evangelio* desde 2019.

En esta recopilación, podrá conocer algunos de estos hechos, pero antes, entendamos bien qué significa ser santo.

¿Qué es un santo?

Según la Sagrada Escritura, un santo puede definirse como aquel que vive según la voluntad de Dios.¹ Y el Catecismo de la Iglesia Católica afirma que «todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad».²

Cuando somos bautizados y nos convertimos en hijos de Dios, todos recibimos la misma vocación a la santidad. Todo creyente tiene la obligación de tender a la santidad y debe pedir a Dios este don que sólo Él puede conceder.

¹ Cf. 1 Tes 4, 3a: «Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación».

² CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n.º 2013.

En el subconsciente de muchos católicos existe la falsa idea de que sólo las personas llamadas a un camino especial —obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas— deben aspirar a la santidad. Nada más lejos de la realidad: ¡todos debemos ser santos!

Así, podemos observar la variedad de santos con los que la Iglesia se adorna: reyes y reinas, zapateros y campesinos, sacerdotes, obispos, monjas, soldados, juristas, maestros, amas de casa...

¿Primero la canonización o primero el milagro?

La canonización es el proceso que lleva a cabo la Santa Iglesia para reconocer que una persona ha vivido la fe heroicamente, hasta el punto de ser considerada santa y propuesta como ejemplo al culto público universal. Tras este proceso, el nombre del nuevo santo se inscribe en el canon, es decir, en la lista oficial de los santos de la Iglesia.

Para que se inicie una causa de canonización, es necesaria la constatación de la «fama de santidad» de la persona o la opinión común de que su vida fue recta y rica en virtudes cristianas. Esta «fama de santidad» debe perdurar después de la muerte e incluso crecer. Los que conocieron a la persona dan testimonio de la

ejemplaridad de su vida, de la irreprochabilidad de su comportamiento, de su muerte edificante y de la excelencia de sus virtudes.

El proceso de canonización consta de varias etapas. Cuando se inicia la causa, el candidato recibe el título de **Siervo de Dios**. Ésta es la etapa más larga, porque el postulador debe investigar a fondo la vida del cristiano en cuestión. Al final, la persona es declarada **Venerable**.

El segundo paso es el reconocimiento de un milagro para la beatificación. Es necesario probar que verdaderamente ha habido un milagro por su intercesión (excepto en el caso de los mártires, en el que no es necesario probar ningún milagro).

La tercera y última etapa es el milagro para la canonización, que debe haber ocurrido después de la beatificación. Una vez probado este milagro, el beato es canonizado y el nuevo **Santo** pasa a ser venerado universalmente.

Generalmente, además de la vida ejemplar de una persona, su fama de santidad procede de los milagros obtenidos por su intercesión. En otras palabras, un santo no necesita ser canonizado para empezar a producir milagros, sino todo lo contrario: ¡necesita haber producido milagros para ser canonizado!

DOÑA LUCILIA, UNA MADRE SOLÍCITA

Todos tenemos una madre a la que queremos mucho. Sin embargo, puede ocurrir que conozcamos a la madre de otra persona y nos encariñemos tanto con ella, o encontremos tantas cualidades en ella, que empecemos a desear que nos trate casi como a un hijo suyo. A veces le pedimos un consejo ante



alguna duda o dificultad; otras la visitamos simplemente para disfrutar de su compañía, escuchar sus historias o degustar algún dulce o sabroso plato que sabe preparar de forma especial.

Fue el caso de muchos amigos y admiradores del Dr. Plinio, quienes, al conocer a Dña. Lucilia en persona o a través de las entrañables anécdotas que contaba sobre ella, se quedaron encantados con el cariño de su bondadosa madre y quisieron también beneficiarse de aquel amor maternal.

Incluso después de su muerte, cuando eran más evidentes las huellas que había dejado Dña. Lucilia en el carácter y la espiritualidad de su hijo, muchos siguieron dedicándole sus mejores afectos y sintieron una auténtica y celestial reciprocidad de su parte.

Sin embargo, a partir de cierto momento, empezó a suceder algo diferente... Cada vez más personas se daban cuenta de que, cuando pedían la intercesión de Dña. Lucilia, su deseo era concedido de una forma muy bondadosa. Personas de todas las clases sociales afirman haber acudido a ella en busca de gracias y curaciones, ¡y fueron atendidas!

En este libro hemos reunido algunos casos para mostrar que Dña. Lucilia es un inestimable ejemplo de madre solícita, a la

que podemos acudir para que interceda por nosotros ante Dios y la Virgen.

Doña Lucília acoge siempre con benignidad las peticiones que le son hechas. Así, basta recurrir a su intercesión para encontrar una pronta solución hasta para problemas aparentemente insolubles.

1. Diagnosticada una mielitis viral

Prueba elocuente de esta realidad es el relato enviado por Anésia Valéria Ribeiro Gabriel, de Miracema (Brasil), sobre la curación humanamente inexplicable de su esposo, Alexandre Dias Gabriel.

El día 1 de abril de 2016 amaneció con fuertes dolores en el cuello y en el brazo. Se iniciaba, pues, una dura lucha para Anésia y su familia, porque las molestias se intensificaban cada día, exigiéndole continuas idas a Urgencias. Como el cuadro se agravaba, Alexandre buscó atención médica en otras ciudades y varias veces fue hospitalizado para seguir un tratamiento, pero sin ningún resultado. Al contrario, empezó a perder el movimiento de las piernas y, en agosto, comenzó a usar silla de ruedas. Finalmente, un médico le diagnosticó su enfermedad: mielitis viral.



En 2017 fue necesario colocarle una sonda vesical permanente; al año siguiente se sometió a una cistotomía. Alexandre tuvo varias citas médicas y tomó muchos medicamentos, pero su situación empeoraba constantemente.

En julio de 2021 sus manos se hincharon hasta el punto de tener que ir todos los días a la sala de emergencia, a menudo para que le pusieran una inyección de morfina. Finalmente, perdió el movimiento de las manos.

Al no poder recibir un tratamiento adecuado en su ciudad, un médico lo remitió a Río de Janeiro. Allí le propusieron operarle los nervios de la pierna, lo cual eliminaría los dolores, pero le quitaba la posibilidad de volver a caminar algún día. A la espera de una plaza libre para ser hospitalizado, siguió acudiendo diariamente a Urgencias, debido a los fuertes dolores y constantes crisis de espasmos.

El 15 de febrero de 2022, la familia recibió la visita de un sacerdote de los Heraldos del

Evangelio. Después de darle al enfermo la debida bendición, el sacerdote le preguntó si creía en los milagros. Habiendo recibido una respuesta positiva, le sugirió que pidiera con mucha confianza la intercesión de Dña. Lucilia para que solucionara su caso. Alexandre y su familia empezaron inmediatamente a rezarle a esta benigna señora.

Al día siguiente, sintió un fuerte malestar y tuvo que acudir urgentemente al hospital. Unos instantes después, cuál no sería la sorpresa de todos al percibir que podía mover las manos nuevamente. En poco tiempo, la hinchazón desapareció y los dolores pararon. Al otro día, notaron que recuperaba gradualmente también el movimiento de las piernas.

«De ahí en adelante», declara llena de gratitud Anésia, «todo fue ocurriendo muy deprisa: los dolores acabaron, cesaron las crisis. Mi esposo ya no toma ningún medicamento. Todo mejoró y hoy anda, incluso consigue viajar. Han sido seis años de luchas y sufrimientos,



**Julio de 2022, después
de la gracia obtenida
por la intercesión
de Dña. Lucilia**

pero Dña. Lucilia escuchó nuestras oraciones y nos obtuvo el milagro. Nuestra vida cambió. No tenemos palabras para agradecerle».

2. Una perspectiva aterradora

Igualmente agradecida se muestra María Teresa Falchero Daidone, de São Caetano do Sul (Brasil), socorrida por Dña. Lucilia en una situación en que corría serio riesgo de vida, conforme relata su hija, María Fernanda Daidone Madrucci.

Aquejada de una grave neumonía, María Teresa tuvo que ser hospitalizada. El antibiótico tenía que ser administrado por vía intravenosa y, por el hecho de que sus venas eran muy sensibles y por algunas complicaciones más, en cierto momento se hizo necesario colocar el acceso en el cuello. Sin embargo, por un error médico, el antibiótico fue inyectado en una arteria, lo que ocasionó una hemorragia seguida de cinco convulsiones a lo largo del día, debido a la formación de un trombo.

El médico informó que habría que intubarla si ocurrían más convulsiones, para evitar secuelas irreversibles en el cerebro. También explicó que quizá no resistiera tal procedimiento, porque tenía problemas pulmonares.

Ante una perspectiva tan aterradora, María Fernanda colocó en la almohada de María Teresa una foto de Dña. Lucilia, pidiéndole fervorosamente que cuidara de su madre e intercediera por ella ante la Virgen. Al llegar a casa, reunió a sus hijas para explicarles la situación de la abuela y les recomendó que le rezaran a Dña. Lucilia pidiéndole que cuidara de ella.

Bajo la protección de un chal rosado

Cuando regresó al hospital a la mañana siguiente, María Fernanda notó que el equipo médico estaba frente a la puerta de la habitación de su madre. Enseguida pensó que había ocurrido lo peor... Al acercarse, el médico le preguntó:

—¿Usted cree en Dios?

—Sí, claro. ¿Por qué me lo pregunta? —le contestó María Fernanda.

—Pues entre y vea a su madre.

Entró en la habitación y encontró a su madre sentada, muy contenta y sonriente, desayunando sin ninguna dificultad. Entonces le enseñó la foto que había puesto bajo la almohada la noche anterior, a lo que su madre le dice: «Hija, tengo la sensación de haber visto a esta señora mientras dormía».



Concluye María Fernanda en su relato: «Se sintió envuelta por algo rosado, que imagino que es el chal de Dña. Lucilia, como se ve en la foto».

Cuántas veces nos encontramos en situaciones aparentemente irreversibles y nos vemos abocados a pensar que nada podrá salvarnos... ¿Les ocurre esto a los devotos de Dña. Lucilia?

3. Una serie de infortunios

Carla María Barbosa de Oliveira Gonçalves, de Brasil, nos narra, con atrayente sencillez, su historia, que comenzó hace casi veinticinco años...

Su familia era propietaria de un negocio en la ciudad de Teresina. En 1998, tras el fallecimiento de su suegro, se constató que éste les había dejado una pésima herencia: cuantiosas deudas, cuyo pago derivó en la confiscación de todos los bienes de la empresa por parte del poder judicial.

En consecuencia, en poco tiempo Carla y su esposo no tenían siquiera los recursos necesarios para mantener a sus tres hijos, de cinco, tres y dos años. Así pues, se vieron obligados a dejar a los niños en Teresina, al cuidado de la abuela materna, y mudarse a la casa de su suegra, en Fortaleza, con la esperanza de conseguir allí un buen empleo. Su marido enseguida encontró trabajo, pero en una ciudad del interior del estado de Ceará.

¡Otra dolorosa separación!, porque no había ninguna posibilidad de que Carla lo acompañara. Entonces se quedó con su suegra. No obstante, su vida era muy dura: se pasaba todo el día fuera en busca de un empleo, recorría grandes distancias a pie y sin dinero ni para un ligero almuerzo.

«Los que sembraban con lágrimas...»

Tras cuatro meses de infructuosos intentos, un día se sienta, extremadamente deprimida y hambrienta, en un banco de una plazoleta y empieza a «conversar con Dios» sobre su triste situación, pidiéndole que le ayudara a conseguir al menos lo suficiente para alimentarse.



«Estaba yo allí —nos cuenta ella— mirando al cielo, cuando aparece una señora muy distinguida, vestida de negro, con su bastón, y me pregunta: “Hija, ¿dónde podemos comer por aquí?”. Pensé: “¡Dios mío! Estoy con hambre, hablando contigo y ¿me mandas a una mujer que me dice esto?”. Nuevamente me lo pregunta y le respondo que había un restaurante cerca. Entonces me pide que la acompañe. Le ofrecí mi brazo para que se apoyara y anduvimos una manzana conversando; sonrió y después seguimos calladas hasta el final del trayecto».

En el restaurante, la distinguida señora pidió su plato y le preguntó a Carla:

—Y usted, ¿qué va a querer?

—No, no, señora... No quiero nada. ¡No tengo ni un centavo para comer! Estoy en la miseria.

—Hija, no te he preguntado cuánto tienes en el bolsillo; te estoy invitando a comer conmigo.

«... cosechan entre cantares»

Muy emocionada, Carla aceptó la invitación. Una vez que llegaron los platos que habían pedido, la distinguida dama hizo la señal de la cruz y rezó un largo rato antes de empezar

la comida. Luego se entabló una agradable conversación entre ellas; Carla se sentía muy a gusto y le expuso todas las tribulaciones por las que estaba pasando su familia. La bondadosa dama lo oía todo atentamente y le dio un valioso consejo: «Hija, recurre a la Santísima Virgen y tenle mucha devoción al Sagrado Corazón de Jesús. ¡Nunca decepcionan! ¡Confianza! En esos momentos es cuando más debemos acercarnos a ellos».

Al acabar de almorzar, ambas salieron juntas en dirección a una amplia avenida. Al llegar allí, Carla le preguntó hacia donde se dirigía y ella le señaló el edificio de la Facultad de Derecho; Carla se giró instintivamente y cuando se volvió, la señora había desaparecido. Perpleja, la estuvo buscando por las proximidades, pero no la encontró. Entonces regresó al restaurante, se lo comentó al camarero y los dos fueron en su busca. No hubo suerte, sin embargo, Carla, de vuelta a casa de su suegra, se sentía muy contenta y amparada.

Poco después de este auspicioso episodio, su esposo regresó a Fortaleza y le comunicó que ya se encontraban en condiciones de mantener una casa en la ciudad donde trabajaba. Carla no tardó más de tres días en conseguir, también ella, un buen empleo. En poco tiempo toda la familia estaba reunida y bien instalada.

Durante muchos años Carla le repetía a sus hijos muy agradecida: «Un día tuve hambre y la Santísima Virgen vino a darme de comer». Decía esto porque imaginaba que aquella caritativa dama era Nuestra Señora, incluso sin comprender el motivo por el cual se le había aparecido como una persona mayor, cuando siempre se presenta joven en sus manifestaciones sobrenaturales.

Inesperado encuentro

Años después, la familia comenzó a frecuentar la casa de los Heraldos del Evangelio, de Fortaleza. En 2018, su hija mayor recibió un álbum con muchas fotografías de Dña. Lucilia. Al llegar a casa, llamó a su madre para verlas juntas. ¡Cuál no fue la sorpresa de Carla al toparse con una foto de Dña. Lucilia con un vestido de color negro, muy distinguida y usando un bastón! «Inmediatamente me arrodillé, empecé a llorar y dije: “¡Quien me dio de comer aquel día fue esta señora!”», contó.

De esta forma identificó a la discreta y bondadosa señora que la había amparado y aconsejado en un momento de extrema aflicción. Salió en ese mismo instante hacia la casa de los Heraldos, donde le narró toda su historia al sacerdote que allí residía. Éste le aseguró que el modo de actuar y el cariño tan

maternal de aquella señora no dejaban lugar a dudas de que era, de hecho, Dña. Lucilia.

Carla concluye su relato con este expresivo testimonio: «Pude comprender, entonces, cómo desde hacía muchos años Dña. Lucilia ya protegía a nuestra familia, porque tuvimos muchas oportunidades de perdernos, de flaquear en la fe, pero ella nos acompañaba. El consejo que me dio en aquella ocasión resuena hasta hoy en mi corazón y me sustenta en muchas adversidades».

Una buena madre no es la que mima a sus hijos atendiendo todos sus deseos, sino la que sabe darles buenos consejos y orientación, valores que les acompañan y guían a lo largo de su vida.

4. Una peculiar intervención... ¡«a escobazos»!

Sin embargo, no solamente a aquellos que acuden con devoción a Dña. Lucilia, ella los atiende. A veces, la devoción nace a raíz de una intervención de esta madre servicial, como ocurrió con la colombiana Andrea González Ortega, quien nos envió este pintoresco relato.

«Tras escuchar el podcast sobre Dña. Lucilia, realizado en Colombia, me ani-

mo a contarles un gran favor que ella me hizo. Vivo en Chía, un pueblo cerca de Tocancipá, en donde queda la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de los Heraldos del Evangelio. Después de la pandemia, por influencia de mi mamá, comencé a ir a Misa casi todos los domingos y algunos sábados allá; me enamoraron las homilías y la confesión, pero sobre todo me convenció el celo por la santa comunión que tienen los Caballeros de la Virgen.

»En marzo de este año, le pedí consejo a un sacerdote, pues en mi trabajo tenía una compañera que me perturbaba el alma. Ejercía un enorme poder de atracción sobre la gente, pero no lo hacía para el bien, ya que, aun diciéndose católica, trataba de arrastrar a las personas hacia prácticas esotéricas. Además, propiciaba conversaciones morbosas y de doble sentido. ¡Era horrible! Yo sentía que mi alma la repele y no sabía qué hacer, porque justo quedaba al frente de mi puesto de trabajo y a ella le gustaba iniciar esas conversaciones como para tentarme e incomodarme».

El sacerdote le había dado a Andrea dos fotos de Dña. Lucilia, recomendándole que llevara siempre una en el bolso y que pusiera la otra en su puesto de trabajo. Narra ella:

«El padre me dijo que cada vez que mi compañera comenzara con esas conversaciones

o con esas prácticas, le pidiera a Dña. Lucilia que la sacara “a escobazos”. Quedé sorprendida, pues la petición era poco convencional...».

Aclara también Andrea que ya había oído hablar de Dña. Lucilia en otras ocasiones, pero se había mantenido incrédula en cuanto a su intercesión, porque la asaltaban muchas dudas. No obstante, esta vez le dio una atención completa al consejo recibido.

Oración prontamente escuchada

Así continúa su relato: «En la primera oportunidad que mi compañera comenzó con sus conversaciones obscenas, hice la petición. Aunque se la dirigí a María, por desconfianza: “Madre mía, no es digno de ti coger



una escoba, por eso te pido que mandes a Dña. Lucilia a que la coja y saque de aquí a mi compañera ¡a escobazos!”. Esta fue toda mi oración y recuerdo que sólo la hice dos veces. Cuál fue mi sorpresa cuando, al cabo de menos de quince días, le llegó a mi compañera, sin que ella lo hubiera pedido, una resolución de traslado con reubicación de cargo para otra sección. No sólo la sacaron de mi lado, sino del edificio y casi que de la ciudad... y estaba muy enojada por el traslado».

En un complemento registrado por Andrea, podemos ver la «firma» de Dña. Lucilia que, a semejanza del Sagrado Corazón de Jesús, desea el bien de todos, con miras a su salvación eterna: «La mayor prueba que tuve de que ésta era una circunstancia que venía de la Providencia de Dios, por intercesión de Dña. Lucilia, fue que, al final, el traslado benefició mucho a mi compañera en su vida familiar y terminó feliz de irse».

Concluye: «Éste fue tan sólo un favor que Dña. Lucilia me consiguió de Dios. Ahora, cada vez que hay alguien que necesita un favor de Mamita María o de Jesús, le digo: “¡Pídanselo a Dña. Lucilia!”. Para agradecerle su intercesión y los futuros favores que me consiga de Dios, puse una foto suya junto a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Dios permita que por su intercesión sigamos obteniendo los favores que por nosotros mismos no logramos alcanzar».

Esta historia nos muestra la belleza de compartir, de quien recibe lo bueno pero no lo guarda sólo para sí, sino que indica a los demás dónde está la fuente de sus dádivas.

Actuando tan discretamente como lo hizo durante su vida, Dña. Lucilia mostró su bondad hacia todos, como ponen de manifiesto los numerosos relatos de gracias y favores enviados por sus devotos de diversos países.

5. «¡Doña Lucilia llenó nuestra billetera!»

Como la madre devota que vela por su hijo enfermo, Dña. Lucilia presta especial atención a los enfermos que acuden a ella, pero también se ocupa de nuestras necesidades materiales, como en el caso de esta pareja.

Liliana Rojas León y su esposo, José Martín Ordinola Vieyra, residentes en la ciudad de Trujillo, Perú, nos envían el relato de una gracia recibida por intercesión de Dña. Lucilia, en un momento de gran necesidad.

Liliana conoció a los Heraldos del Evangelio en el 2021, a través del Curso de Consagración a la Virgen. A partir de

entonces seguía los vídeos subidos a internet, por medio de los cuales conoció la historia de Dña. Lucilia. Le gustaba escuchar la narración de su vida: «Había oído hablar de sus milagros, de su gran intercesión; cada vez que veía el programa me sorprendía tanta bondad e intercesión». No obstante, se preguntaba: «¿Será cierto? ¿Será que, de hecho, es tan milagrosa?».



Así, entre curiosa y asombrada, Liliana fue aumentando su devoción a Dña. Lucilia: «Conseguí una foto de ella, mandé revelarla y la puse en un cuadrito. Siempre la miro y confío en su gran amor por ayudarme. Hasta en pequeñas dificultades me ayuda, la miro y me da tranquilidad. En mis momentos de temores, de miedos, imagino su sonrisa —si estoy lejos de su foto—, y me da calma y paz».

Pues bien, durante la pandemia le diagnosticaron a su esposo un tumor en la hipófisis. Tras numerosas pruebas y consultas médicas les dijeron que había que operarlo para sacárselo. No obstante, el presupuesto del procedimiento excedía ampliamente las posibilidades del matrimonio: necesitaban treinta mil soles peruanos para costearlo... ¿Cómo conseguir tal cantidad?

Debido a las restricciones impuestas por la pandemia, el trabajo de José Martín como abogado era escaso y sus ingresos bajos. Pero la fe de Liliana trajo esperanza a la situación cuando ella le contó a su marido las gracias que Dña. Lucilia concede a sus devotos, incluso en apuros económicos como el que estaban atravesando: «Mi esposo, un tanto incrédulo, me dice como riéndose y abriendo su billetera:

—Pídele que me llene la billetera.

Y le respondí:

—¡Pídele! Pídele y ella te lo dará».

Tres días después de esta singular conversación, José Martín recibió la notificación de que debía recoger, en una ciudad vecina, las ganancias de una demanda laboral de un cliente. Sus honorarios sumaban treinta mil soles, ¡el importe exacto de la operación!

Narra Liliana: «Cuando mi esposo llegó a casa, me enseñó el dinero, diciéndome:

—Mira, aquí está, para mi cirugía; todo completo.

Yo le respondí:

—Viste. La mamita Lucilia te lo concedió. Es milagrosa, ¡es maravillosa!».

En abril de 2022, José Martín fue operado exitosamente. Liliana vio su confianza recompensada; y termina su narración con gratitud filial: «¡Gracias, mamita Lucilia!».

6. El día que esté sanada...

Desde Paraguay nos escribe María del Carmen Fretes Espínola, conocida cariñosamente como Maia, narrando cómo fue auxiliada por Dña. Lucilia: «En octubre de 2022, repentinamente comencé a tener fiebre muy alta. Necesité acudir al sanatorio en vista de

que la fiebre no cedía. Ya en los primeros análisis los médicos decidieron que debían internarme, porque los resultados no eran nada alentadores.

»Siguieron más estudios durante cinco días, en los cuales me dijeron que en mi cuerpo habían entrado unas bacterias muy raras y, por si fuera poco, detectaron una mancha en el pulmón derecho».

Tras siete días de hospitalización, Maia recibió el alta, pero debía tomar gran cantidad de medicación y someterse a un seguimiento médico de la mencionada mancha. A los pocos días, la aparición de otro tipo de bacteria la obligó a ingresar de nuevo.

En diciembre, una tomografía reveló que la mancha, lejos de desaparecer, había aumentado. El médico que la trataba le indicó entonces que era necesario hacerle una punción en el pulmón. Como no había medios para realizar tal procedimiento en su país, Maia consultó a un especialista de la ciudad de São Paulo, a quien le envió los resultados de todos los análisis.

Continúa ella: «El doctor me dijo que debía viajar a São Paulo urgentemente, pues me hablaba de una neoplasia pulmonar, y tenía que someterme a una lobectomía lo más rápido posible».

La víspera del viaje, Maia visitó la casa de los Heraldos del Evangelio de Asunción, donde recibió asistencia sacramental de un sacerdote de la institución para superar la difícil etapa que iniciaba. Éste la confortó diciéndole que Dios siempre tiene la última palabra, y le dio una fotografía de Dña. Lucilia con una oración al dorso. Narra Maia: «Antes de despedirnos, me entregó una estampa de una señora a quien —me dijo—, el día en que el médico certifique que esté sanada, le hiciera una visita en el cementerio de São Paulo».

Maia aún no conocía la protección maternal de Dña. Lucilia, pero a partir de ese día encomendó su salud y tratamiento al cuidado de esta bondadosa señora; y todas las noches rezaba la oración impresa al dorso de la fotografía.

Un diagnóstico que revierte

El 23 de enero comenzó una serie de pruebas preparatorias para la punción pulmonar en el Hospital Albert Einstein, de São Paulo. «Desde el principio sentí una fuerza muy especial que me daba mucha calma y tranquilidad durante los análisis; y esto se lo comenté a mi esposo, ya que en circunstancias normales no me hubiera sido fácil superarlos», nos dice ella.

Estando en la sala de procedimientos para hacer la punción, el día 26, Maia rezaba sin cesar. En ese momento entró el cirujano y le dijo que el equipo médico había decidido hacer otra tomografía, para aclarar una duda sobre la mancha en el pulmón, pues les parecía que había disminuido.

Escribe Maia: «Al principio me asusté y no quería ilusionarme. Solo rezaba sin parar y recordaba lo conversado con el sacerdote. Hicieron entrar a mi esposo en la sala y luego de unos minutos el doctor regresó para darme la noticia de que el procedimiento quedaba suspendido porque la mancha se había reducido a más de la mitad y los nódulos periféricos se disolvieron».



Llena de alegría, Maia concluye su relato con palabras de gratitud: «Ese mismo día me comuniqué con el sacerdote heraldo para contarle todo lo que me había sucedido y decirle que quería visitar, al día siguiente, la tumba de la señora Lucilia. Otra sorpresa: el padre estaba en São Paulo y también tenía previsto ir al cementerio. Fue así como el viernes 24 de enero pude visitar la tumba de esta señora y darle las gracias por este milagro».

7. Accidente grave, extraordinaria curación

En nuestra vida cotidiana, siempre nos puede sorprender algún acontecimiento inesperado que puede cambiar el rumbo de nuestras vidas. Ahora bien, para los que tienen fe, Dios estará siempre en el centro del corazón, inspirando su designio y auxiliando en cualquier situación. ¡Felices son aquellos que tienen amigos en el Cielo a quienes recurrir! Esto es lo que le sucedió a Cristiane Ramos Soares Carneiro, que vive en Caieiras (São Paulo, Brasil). Deseosa de manifestar su gratitud a Dña. Lucilia, nos envía un interesante relato de cómo esta madre caritativa siempre la atendió en momentos de necesidad.

En septiembre de 2018 su esposo, teniente del Cuerpo de Bomberos, sufrió un accidente

mientras combatía un incendio en un edificio de la zona centro de São Paulo. Él y otros miembros del equipo quedaron atrapados en la tercera planta. Cuando finalmente fue rescatado, tenía quemaduras, internas y externas, en cerca del 20 % del cuerpo. Dada la gravedad de la situación, fue intubado y llevado a la UCI del Hospital de las Clínicas. Allí estuvo casi un mes, siendo sometido a dolorosos tratamientos, como el de desbridamiento de la piel.



Doña Lucilia con su bisnieto

Cristiane no dejaba de rezar por su recuperación. «En determinado momento —nos cuenta ella—, le pedí a Dña. Lucilia que mi marido pudiera al menos salir de la UCI y pasar a una habitación, lo que facilitaría el contacto con la familia». Doña Lucilia superó todas sus expectativas: dos días después de haberlo pedido, su esposo no sólo salió de la UCI, sino que le dieron el alta. «Ése fue el primer gran milagro de Dña. Lucilia en beneficio de mi familia », concluía Cristiane, llena de gratitud.

Como los niños que se abandonan al cuidado materno, esperando protección y amparo, Dña. Lucilia quiere que confiemos en su ayuda, seguros de que ella se apresura a ayudar a los hijos que le presentan sus necesidades.

8. Una vez más, no desamparó

Una madre que se desvive por sus hijos nunca dejaría de acudir en ayuda de otra madre necesitada. Por eso, al pedir la intervención de Dña. Lucilia en este caso, Cristiane recibió ayuda de madre a madre.

En 2021, ante la jubilosa espera del nacimiento de Miguel, su segundo hijo, Cristiane se sintió conmovida al recibir el diagnóstico de que nacería con síndrome

de Down, posiblemente agravado con una cardiopatía. Por si fuera poco, también se constató que el bebé demostraba ya una disminución en su crecimiento, y la cardiotocografía indicaba que sus movimientos no eran los esperados en el período gestacional en el que se encontraba. En resumen, la gravedad de la situación era tal que no estaba clara ni para los propios médicos.

Afligida ante una perspectiva tan horrible, Cristiane entendió que solamente del Cielo podría recibir ayuda, y consagró su hijo nonato a Dña. Lucilia.

A las treinta y siete semanas de embarazo, durante una consulta de rutina, le fue comunicado a la pareja la necesidad de realizar el parto aquel mismo día, teniendo en vista las condiciones que Miguel presentaba. «Fueron momentos de mucha angustia —cuenta la madre—. Estuve cerca de ocho horas recibiendo insulina para estimular el movimiento, pero él no respondía. Finalmente, el médico decidió hacer el parto por cesárea». Ahora bien, contra todo pronóstico, Miguel lloró bastante al nacer y no hizo falta ningún auxilio respiratorio ni intervención quirúrgica. Fue directamente a los brazos de su madre.

Así concluye Cristiane: «Tan pronto como lo tuve en mis brazos le agradecí de todo

corazón a Dña. Lucilia este enorme milagro que era haber nacido bien».

9. «Estoy contigo y tu petición ha sido escuchada»

Una de las acciones más poderosas que existen es la bendición que una madre da sus hijos, y esta acción es mayor y más eficaz aún cuando la madre que pide se une a otra madre para suplicar.

Durante la pandemia de la Covid-19, Benjamín, el hijo más pequeño de Claudia Espejo, residente también en Perú, estuvo dos años sin asistir a la escuela. Cuando por fin se restableció la normalidad, manifestó una enorme dificultad de adaptación en la vuelta a clase. Se sometió a un test psicológico, en el que se le detectó un trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH). La psicóloga recomendó que le consultaran a un neuropediatra, quien dio un preocupante diagnóstico: trastorno del espectro autista nivel 1.

Muy temerosa por el futuro de su hijo, Claudia rezaba y lloraba mucho. Un día se acordó de que un sacerdote heraldo le había dicho que a una madre le está permitido darles la bendición a sus hijos. Entonces, una noche en la que estaba rezando con ellos,

cogió agua bendita y le hizo una señal de la cruz en la espalda a Benjamín, haciéndole a Dña. Lucilia esta súplica: «Te entrego a mi hijo. Ayúdame como madre y adóptalo». Y siguió rezando por él en casa y en la iglesia, ante el Santísimo Sacramento.

Pronto comenzó a percibir cambios en las actitudes del pequeño. Un nuevo examen psicológico arrojó un resultado muy alentador: 90 % de recuperación, cuadro confirmado por la profesora contratada para ayudarlo en casa. Y la monitora del colegio informó que se estaba esforzando para progresar cada día y sus notas habían mejorado; era «un niño muy noble y con un gran corazón».

Ahora bien, un día en que Claudia estaba ordenando los cajones de Benjamín, con enorme sorpresa encontró entre los papeles una estampa de Dña. Lucilia. Y nos envió este



conmovedor relato: «No sé explicar cómo llegó allí esa foto. Cuando la cogí en mis manos sentí que me decía: “Estoy contigo y tu petición ha sido escuchada”. El cambio de Benjamín fue algo realmente inexplicable. Puse la estampa en mi habitación y cada vez que la miro siento el amor de una madre, yo que tengo cuatro hijos y lo daría todo por ellos».

10. Solución rápida y completa

Hay quienes atribuyen los milagros y la fe en los santos a la ignorancia de la gente, diciendo que eso son creencias de personas sencillas. La erudición de la persona cuyo testimonio leeremos a continuación zanja ese argumento...

Edson Luiz Sampel, profesor del Instituto Superior de Derecho Canónico de Londrina y presidente de la Comisión Especial de Derecho Canónico de la Orden de Abogados de Brasil, deseando mostrar su agradecimiento a Dña. Lucilia, nos transmite su testimonio:

«Tenía una deuda, es decir, una prestación económica, de pago mensual. Como no podía librarme amistosamente de esa obligación, que consideraba injusta, me vi forzado a recurrir a la vía judicial. Desde el primer momento en que interpose la demanda le pedí a

Dña. Lucilia que intercediera desde el Cielo por mí, y que, si era voluntad de Dios, obtuviera yo la exoneración total de la referida pendencia.

»Para mi alegría y sorpresa, ya al inicio del proceso, días después de la instrucción, el juez otorgó medidas cautelares, eximiéndome completamente del pago mensual. Finalmente, la sentencia confirmó la decisión cautelar y la parte contraria no interpuso recurso».

En esta rápida solución del problema, el Dr. Sampel reconoce la intervención de Dña. Lucilia.

11. Bondad e intransigencia

Viendo lo cariñosa e infalible que se manifiesta Dña. Lucilia con los necesitados, uno podría llegar a concebir la falsa idea de que, por otro lado, ella quizá fuese condescendiente con el pecado en determinadas circunstancias. Pero, si así fuera, carecería ella del verdadero equilibrio de la virtud, pues quien ama verdaderamente a Dios sabe ser amable con los pecadores arrepentidos y, al mismo tiempo, rechazar el mal y la ofensa a Dios.

Por eso, insertamos aquí este testimonio de Mons. João, que la conoció personalmente,

sobre su extremo afecto y su inexorable intransigencia.

«Lo que más resaltaba en Dña. Lucilia era un extraordinario misterio por el que su espíritu maternal la llevaba a querer bien a todos y cada uno. Bastaba que alguien se acercase a ella con confianza y el alma abierta, para que se sintiese tomado por su bondad envolvente y por aquel magnífico modo de ser, calificado por el Dr. Plinio de “aterciopelado”. Ella trataba a los demás con una dulzura y un deseo de agradar verdaderamente cautivantes.

»No obstante, se diría que esa afabilidad y afecto llevarían a Dña. Lucilia a condescender incluso con relación al mal. Quien así lo juzgase se equivocaría, pues esta bienquerencia no significaba liberalismo, sino, por el contrario, radicalidad,



cuyo corolario era el amor a los buenos llevado hasta las últimas consecuencias, porque ella amaba a Dios. Y, en consecuencia, esto la llevaba a tener también un verdadero odio al mal. ¿En qué consistía ese odio al mal?

»La esencia de la combatividad de Dña. Lucilia partía de un principio profundísimo de amor a Dios: Él es el Ser supremo, el Creador y Redentor, y debe ser amado sobre todas las cosas. Siendo así, en todo el orden de la Creación nada hay tan opuesto a Dios como el pecado, ya que es el acto de la criatura inteligente, Ángel u hombre, que se rebela contra Dios, proclama otra ley, adversa a la divina y, en el fondo, se pone en pie de igualdad con Él. Eso causaba en el alma de Dña. Lucilia un verdadero choque y, de inmediato, dolor al ver que Dios, tan bueno y superexcelente, no recibía todo el amor y devoción merecidos. Por eso, ella quería por todos los medios, que aquella alma se convirtiese y entrase de nuevo en armonía con Dios, arrepintiéndose de la ofensa que le había hecho.

»Así es exactamente como Dios actúa con nosotros: Él nos ama con un amor extraordinario y, una vez que hemos cometido una falta, no quiere otra cosa sino perdonarnos y restituirnos todo lo que hemos perdido; y puede, incluso en el momento de la muerte, concedernos una

gracia para que nos arrepintamos y salvemos nuestra alma. Pero no transige con el mal ni acepta defectos, porque Él es la Causa íntegra, sin ninguna mancha. [...]

»Se encantaba —Dña. Lucilia— con la inocencia y experimentaba una repulsa interior y verdadera indignación contra lo que iba en sentido opuesto. Esto se explica por el hecho de estar tan profundamente unida al Sagrado Corazón de Jesús que hacía que, para ella, la ley de la bondad y la ley de la verdad fuesen sólo una. O sea, el punto de partida de su amor maternal era el mismo de los mandamientos y, por tanto, cuando se trataba de principios, revelaba una radicalidad total: permanecía firme en su moralidad, sin ceder en nada, ni siquiera un milímetro, conforme comentó una vez el Dr. Plinio: “Esa energía tenía algo de afín con su bondad; y era la energía inquebrantable de la que daba prueba en ciertas ocasiones: “*On ne passe pas!* — ¡De aquí no se pasa!”».¹

12. Pidió auxilio y fue atendido sin demora

A principios de agosto de este año, Efraín Fárez Calle llamó a la puerta de la residencia

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, t. I, 2016, pp. 132-133.

de los Heraldos del Evangelio de la ciudad de Cuenca (Ecuador) portando una ofrenda de flores en sus manos. En esa ocasión dijo que quería agradecer una gracia recibida por intercesión de Dña. Lucilia y contó cómo ella lo había sacado de una situación embarazosa, conforme nos lo narró más tarde en una carta. Todo empezó de una manera inusual...

«Soy propietario de una floristería. Junto a mi negocio existe un almacén de ropa, cuyos propietarios utilizan abundantes esencias, polvos y humos sumamente nocivos. Por esta razón busqué en YouTube algo de información sobre estas cosas y encontré un podcast de los



Arreglo de flores ofrecido por Efraín en agradecimiento por la venta de su casa

Heraldos del Evangelio acerca del tema de los maleficios, hechicería y brujería.

»Entonces inicié un constante seguimiento de los vídeos de los Heraldos del Evangelio, y en uno de ellos se trató de los “milagros” de Dña. Lucilia. Confiando en la intercesión de esta sierva de Dios, le pedí que me consiguiera vender mi casa con la finalidad de comprar otra a donde trasladarme con mi floristería y así evitar todos los inconvenientes actuales de poquísimas ventas y los estragos que nos ocasionan esos olores, como vértigo, náuseas, dolores de cabeza y pobreza.

»El hecho sorprendente es que por más de quince años he intentado vender la casa, pero a nadie le interesaba; muchísimos la visitaban, pero nunca hacían ninguna oferta.

»Vivamente me consta y le atribuyo el favor a Dña. Lucilia de que a los pocos días de haberla encomendado se presentó una persona interesada en comprar la casa. Se realizó el negocio y hoy en día estamos en los trámites de financiación; espero que todo sea un éxito.

»Queda pendiente otro favor que le sigo pidiendo a Dña. Lucilia: que me ayude a comprar otra casita, donde sea acertado instalar mi florería para ganarnos la bendición del pan de cada día, pagar las deudas y obtener la prosperidad de mi familia».

13. «¡Doña Lucilia, ten piedad de él!»

En la ciudad de Belo Horizonte (Brasil), Dña. Lucilia socorrió al pequeño João Rafael, un niño de cinco años, hijo de Rose Cristina y Antonio Ferreira Soares.

Cierta noche, le entró en un ojo una mota de polvo. Lo cerró y se quedó dormido. A la mañana siguiente el niño no podía abrir los ojos, ni siquiera con la ayuda de sus padres. Sin comprender lo que le ocurría, lo llevaron al hospital. Tras varias pruebas infructíferas, la médica de guardia decidió esperar dos días para realizar un control más detallado.

Afligidos, Rose y Antonio veían que el tiempo pasaba sin ningún signo de mejoría: João seguía con los ojos herméticamente



cerrados, chocándose con los muebles y las paredes de la casa. Su estado empeoraba por el hecho de que padecía autismo y, por tanto, con mayor riesgo de no volver a abrir los ojos nunca más. «Cada día que pasaba, nuestra angustia aumentaba», nos decía Antonio.

El día señalado, llevó nuevamente al pequeño al hospital, a fin de someterlo a un procedimiento con anestesia local, para analizar sus globos oculares. A pesar del dolor que le provocaban las inyecciones, João continuó sin abrir ninguno de los ojos. Una vez finalizado el examen, los médicos confirmaron que no había ninguna anomalía en los globos oculares... Sólo quedaba esperar a que el niño abriera los ojos en algún momento.

Transcurridos unos días más de esta angustiosa perspectiva, Rose y su esposo fueron el domingo a la casa de los Heraldos de Belo Horizonte para asistir a la Santa Misa. Cuando terminó, le explicaron al sacerdote celebrante la situación en la que se encontraba João Rafael y le pidieron que le diera una bendición. Al bendecirlo, el sacerdote dijo esta breve oración: «¡Doña Lucília, ten piedad de él! Por favor, no dejes que se quede así. ¡Intercede por él, madre mía!». Y trazó una cruz en la frente del pequeño enfermo.

Después de la bendición, la familia se marchó. Habiendo andado unos cien metros, Rose avistó unos pajaritos y le dijo a su hijo: «¡João, mira los pajaritos que están cerquita de ti!». Al oír esto, abrió uno de sus ojos. Rose narra emocionada: «¡Lo abrió en ese momento! ¡Fue un “milagro” instantáneo!».

Estaban asombrados, pues nadie se esperaba que la petición fuera atendida de manera tan inmediata. Dos días después, João Rafael logró abrir el otro ojo y todo volvió a la normalidad, sin secuelas.

Cuando Rose le contó al sacerdote la feliz noticia, éste aprovechó la oportunidad para darle un consejo: «¡Ahora, usted, en agradecimiento a Dios, procure ser una gran santa!».

14. Un sueño que da ánimo para rezar y confesarse

Un gran milagro es, sin lugar a duda, curar a un ciego de nacimiento o resucitar a un muerto. No obstante, un milagro mucho mayor es reconducir hacia la vida de la gracia a un alma muerta por el pecado. A través de un grupo de WhatsApp, nos llegó un edificante relato de un prodigio de este porte:

«Hoy vengo a compartir un testimonio del amor de Dña. Lucilia. En 2019 regresé

a la Santa Iglesia, después de pasar años alejada. El comienzo de mi conversión fue difícil, por algunas razones que no conviene citar aquí. Sucede que en aquella época caí en pecado mortal y me dejé llevar por un desánimo tan terrible que ni siquiera quería rezar un Avemaría, y mucho menos el Rosario.

»Una noche tuve un sueño muy hermoso en que me encontraba a la vera de un río con agua tan clara que podía ver el fondo nítidamente. La arena de aquel lugar era blanca como la nieve, y sobre ella se encontraban algunas pertenencias de los Heraldos del Evangelio, entre ellas, un libro gigante de tapa dura con marco y una fotografía de Dña. Lucilia. En ese libro había fotos y escritos maravillosos que intentaba memorizar porque —en ese momento— ya sabía que estaba soñando y no tendría nada de esto cuando despertara.

»En ese lugar también había una tarima de madera y sobre ella estaba sentado un sacerdote de los Heraldos solo, que conozco de Brasi-lia, y junto a él había un reclinatorio esperando a que alguien fuera a confesarse. Después de esto me desperté, pero me desperté con bastante ánimo para rezar el Rosario y confesarme. Así que recé y me confesé. En aquella época, no sabía que existía un libro con escritos

y fotos de Dña. Lucilia, sólo me enteré el día que fui a confesarme.

»Creo que este sueño fue una gracia gigante de cuidado y de amor de Dña. Lucilia hacia mí. Recuerdo esto con el corazón lleno de amor. Que Dña. Lucilia nos ayude a tener el ánimo de emprender nuestra caminata hacia el Cielo».

15. Una hernia incurable

No menos maternal es el auxilio concedido por Dña. Lucilia a José Ferreira, residente en Matías Barbosa (Brasil); y no menor la expresión de su gratitud tras ser favorecido por esta bondadosa señora.

Leyendo en la revista *Heraldos del Evangelio* los numerosos relatos de personas que pidieron la intercesión de Dña. Lucilia y fueron escuchadas, el Sr. Ferreira se hizo devoto de ella. Y como él mismo padecía un mal prácticamente incurable, no dudó en recurrir a su auxilio.

Hacía más de treinta años que sufría de una hernia de hiato esofágico. Era pequeña al principio, pero, según el parecer de un médico de aquella época, no se podía eliminar mediante cirugía. Con el paso del tiempo, creció mucho y le provocaba graves moles-

tias. En los últimos diez años no conseguía alimentarse bien, debido a los continuos reflujo gastroesofágicos y a los terribles ataques de vómito. Todo esto resultó en una considerable pérdida de peso.

Su hija Débora describe así sus padecimientos: «Mi padre es un buen hombre desde tiempos antiguos, al que le gustaba la mesa generosa, con muchos invitados reunidos en nuestra casa. Debido a su dolencia quedó muy aislado. Además, se vio obligado a dormir sentado, ya que no podía reposar la cabeza sobre una almohada baja ni siquiera durante cinco minutos».

En esta etapa de la enfermedad, en la que su familia y los médicos creían que no había posibilidad de vuelta atrás, el Sr. Ferreira se aferró a su devoción a Dña. Lucília.

Narra Débora: «Por las oraciones, y con el tiempo, sin ningún tipo de medicación, ¡mejoró muchísimo! Nos dijo que le pidió volver a comer las cosas que le gustaban. También nos contó que soñó con Dña. Lucília, y ella le dijo que le iba a ayudar a recuperarse y a poder alimentarse normalmente. De hecho, mejoró. Hoy en día mi padre come como antes —evitando, por supuesto, algunos alimentos— y ¡puede dormir tumbado con dos almohadas!



Él atribuye a su devoción hacia ella el haber alcanzado esta gracia».

Y la cosa no quedó ahí. Habiendo sufrido una caída, a consecuencia de la cual corría el riesgo de no poder andar nunca más, fue gracias al auxilio de Dña. Lucilia que el Sr. Ferreira se enfrentó a cinco operaciones. Se convirtió en su intercesora predilecta, cuya ayuda recomienda a todos los que necesitan cualquier tipo de socorro.

Una pequeña «capilla» donde encuentra alivio para su alma

En junio de 2021, como muestra de agradecimiento por tantos favores recibidos de Dña. Lucilia, el Sr. Ferreira decidió construir un pequeño oratorio privado para sus devociones particulares, en el que esta bondadosa señora tiene un lugar de honor. Cuando sus hijas le dijeron que tal vez fuera una exageración por su parte, les contestó enfáticamente: «¡No, no sabéis cuánto he mejorado y cuánto le debo!».

Así pues, la pintoresca «capillita», como él la llama, fue construida en la finca de la



familia, lugar que el Sr. Ferreira visita todos los días, aprovechando para cuidar el jardín y hacer sus oraciones. Allí es donde encuentra alivio para su alma, tranquiliza su espíritu cuando la impaciencia amenaza nublar su ánimo, y pide auxilio en los momentos de dificultades. De este modo espera poder divulgar esta devoción privada en un mundo cada vez más necesitado de la luz y del consuelo maternal que Dña. Lucilia nos trae.

Los hechos aquí relatados son sólo una pequeña muestra de los muchos y constantes milagros atribuidos a Dña. Lucilia. Para algunos, todo lo que pertenece al ámbito de lo sobrenatural es difícil de comprender, pero no hay argumentos que puedan acallar la evidencia. Como ocurre en la historia de muchos santos, la mayoría de sus hazañas se pierden en el olvido porque los beneficiarios no dejan su testimonio. Por eso es tan importante compartir las gracias recibidas por la intercesión de esta madre tan benevolente.

Quizá se pregunte usted: ¿Y cuál es el camino ahora? La respuesta es que el camino se llama «amor». Amor que nace en el Sagrado Corazón de Jesús, inunda el alma de María Santísima y se expande en todo corazón que sabe ser obediente a la voz de Dios. Así fue el

corazón de Dña. Lucilia durante los noventa y dos años que vivió en esta tierra, y así sigue siendo en su morada del Cielo.

Santa Teresita decía: «Voy a pasar mi Cielo haciendo el bien en la tierra». Como ella, muchas almas bondadosas gozan del santo privilegio de «renunciar» a su merecido descanso, para cuidar e interceder por los que aún están en el mundo como peregrinos. Por eso, con la esperanza de ser escuchados y atendidos por Dios, gracias a las súplicas de quienes nos aman, pidamos:

*¡Señora Doña Lucilia, madre nuestra,
ruega por nosotros!*

